

No sé, será porque corre por mis venas o porque aparece en mis
manos, porque está presente en mi corazón o porque la tengo con la
esperanza de deshacer el nudo de mi garganta. Lo que si que sé
es que la necesito, como el aire que respira. Así que si pudiese
alguien un superpoder, no tendría duda, desearía tener la capacidad del
agua, correría deslizarme entre las piedras, rellenar los huecos de las
mitmas y rasgarlas, poder hacer que algo tan duro como la roca
se vea reducido por mi peso constante.

Ovisiera mantenerme ahí, en lo más alto y contemplar la grandera
de la Tierra. Ser capaz de aparecer; subiendo la estrella más brillante
de la galaxia y poder esfumarme arrastrada por los vientos, oviser
ser como las nubes, algodones de azúcar que welgan del cielo y dan
rienda vuelta a la imaginación, adoptando oviseras formas y es que me
gusta la idea de ser tan importante; de que mi presencia de vida y
de que mi ausencia la impida.

He llegado a la conclusión de que no es por el cielo o por la
mensual que es, sino por la belleza que se aprecia en mi ciudad
gracias a ella. Grande no sería la misma sin el afluente del Guadal
quivir, hábitat de numerosas animales acuáticas, ni sin la nieve que
luz celociente sobre las cumbres de Sierra Nevada. ¿Qué sería de
la ciudad de la Alhambra si los cauces de la provincia quedasen
secos y no volviere a brotar de sus fuentes una misera gota de agua?
Pues que nada sería igual, dejaríamos de contemplar el reflejo de
nuestro tesoro musulmán.

Y es que no me imagino los días sin lo que nos proporciona el agua.
Dejando a un lado su función vital, esta obra de la naturaleza nos
permite disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

He apostado el alar a tierra mojada y la dentación de limpieza
que se queda flotando en el aire después de cada tormenta. Pero,
¿por qué esperar a que pase la tormenta, si puedes aprender a
bailar bajo la lluvia? Para muchos será desagradable, pero corretear

por los rascos granadinos, al ritmo del frenético repiqueteo del agua, es algo indescriptible.

Así que doy gracias por la escarcha que se nota en las flores en las primeras horas de la mañana, por las templadas aguas de las calas de Motril y por la humedad que queda impregnada en mi piel los días de verano.